

ciános á la ciudadela, en donde estarían seguros al paso que dominarían la ciudad, pero sólo adujeron el interés de ponerse en salvo. El coronel Maillard, inteligente y hábil, comprendió el intento de los jefes del batallón y respondiósles cortésmente que la ordenanza sólo consentía entrar en las fortalezas á las tropas regulares, por lo que no podía acceder al requerimiento de la milicia. También se negó á darles municiones, alegando que no había recibido orden para ello. Únicamente les proporcionó víveres, á fin de que el batallón pudiera mantenerse acuartelado. Así acabó la jornada del domingo de Resurrección.

Al día siguiente, el juez municipal Drago, encargado por el Ayuntamiento de incoar proceso sobre lo ocurrido, se presentó en el cuartel del Seminario, y como estaba emparentado con varios marineros de los que más se habían distinguido por su acometida, le recibieron con desconfianza. Entonces los oficiales, só pretexto de evitar que sus soldados le agrediesen, fingieron encerrarle en un aposento, desde donde pudo salir á la calle. Pero los voluntarios, en el colmo de la irritación, derribaron la puerta que daba acceso á la torre del Seminario y desde allí dispararon contra los transeuntes, matando á una viuda con su hija de menor edad é hiriendo gravemente al cura Peráldi, además de otros cuatro heridos leves. Los oficiales no podían contener á los soldados, bien que por otra parte no pusieron gran empeño en ello, pues también estaban sumamente excitados, y mucho más después de la negativa de Maillard. Así, no sólo dejaron que los voluntarios continuaran disparando contra los vecinos y las casas próximas, sino que enviaron al teniente Costa, de Bastelica, á que se apoderara del convento de Capuchinos y de un fortín que lo dominaba.

Muchos milicianos del interior de la isla acudieron á Ajaccio, al enterarse del peligro que corrían sus compañeros, y con este refuerzo pudo Bonaparte guarnecer el convento de Capuchinos, sito á la otra parte de la ciudad, que de este modo quedaba casi en cerco. El caso era grave para los vecinos, y en vista de ello, solicitó el Ayuntamiento la mediación del coronel Maillard, quien, con intento de pacificar la ciudad, mandó formalmente á Quenza que los milicianos se retiraran al cuartel de San Francisco, desalojando las posiciones ocupadas. En la orden se recordaban las penas en que podía incurrir por desobediencia á

sus superiores. Conferenciaron los dos jefes sobre el caso y resolvieron acordemente que, en el punto á que habían llegado las cosas, era preciso mantenerse á toda costa en el Seminario y en Capuchinos; pero como la orden del coronel no podía ser más terminante, tuvo Napoleón una idea luminosa que sacó del apuro á Quenza. El abate Coti, pariente y comensal de los Bonaparte, era procurador síndico del distrito de Ajaccio, y en consecuencia, á él se dirigió Napoleón para pedirle una contraorden que anulase la del Ayuntamiento refrendada por Maillard. Así lo hizo Coti, poniendo á salvo con ello la eventual responsabilidad de Quenza y conminando al gobernador militar de la plaza á que disolviera los grupos de las calles y auxiliase á los milicianos en el restablecimiento del orden público, manteniéndolos en las posiciones ocupadas. Recusó Maillard por ilegal el requerimiento de Coti, manifestando de paso que consideraba perfectamente legal la orden del Ayuntamiento, por lo que era preciso que el jefe de milicianos obedeciera sin replicar. En actitud de protesta fuése Napoleón con Quenza á casa de Maillard, manifestándole que sus intentos eran pacíficos, pero que no les era posible desalojar sus posiciones, porque los ajaccianos continuaban en demostración hostil. Bonaparte suplicó, pues, á Maillard que revocase la orden del Ayuntamiento, y nada harían los milicianos, y aun se retirarían á sus casas con tal de que el vecindario permaneciese tranquilo. Maillard atendió estas explicaciones, prometiendo hablar al Ayuntamiento en el sentido expresado por Bonaparte. En efecto, Maillard transmitió verbalmente al Consistorio lo dicho por los jefes de la milicia; pero Bonaparte acariciaba otro plan, pues no tenía la menor confianza en la disposición de ánimo de sus paisanos respecto de la milicia y aun de su propia persona. Quería la paz, pero conjeturaba que era preciso imponérsela á los ajaccianos. Aquella noche puso un retén en una casa estratégicamente situada, pues dominaba la entrada de la ciudad, impidiendo su aprovisionamiento. Temeroso el municipio, quiso entrar en parlamento, que Napoleón aceptó en principio, descontando, sin embargo, lo referente al desaloje de las posiciones, pues su secreto intento era apoderarse de la ciudadela. Toda la semana se pasó en conferencias, interrumpidas por amenazas sin efecto. Maillard llegó al extremo de apuntar los cañones de la ciudadela contra los puntos que ocupaban los milicia-

nos, pero Napoleón no se inquietó en modo alguno; sabía muy bien que el gobernador hacía todo aquello para intimidarles. Por último, llegaron de Corte los delegados del directorio con mandato de restablecer el orden, y como Napoleón estaba previamente avisado de su llegada, fué á recibirles en Bocognano, informándoles de lo ocurrido con relato favorable al batallón. Los delegados resolvieron que, para evitar nuevos disturbios, salieran los milicianos de Ajaccio, pero en satisfacción mandaron prender á treinta y cuatro vecinos que habían tomado parte capital en el motín, y además, cohonestaron en su informe oficial la conducta de los dos jefes.

Todos los historiadores que han relatado el motín de Pascua en Ajaccio, están acordes en considerar aquella jornada, respecto de Napoleón, como un aprendizaje y ensayo de lo que debía hacer en París el 18 de Brumario. Su propósito era apoderarse de la ciudadela, y para ello, según observa acertadamente Arturo Chuquet, incita á la rebelión al regimiento del Limosín, obliga á su pariente Coti á dar una contraorden ilegal, consiente que los voluntarios disparen contra el pueblo, ocupa una posición que le permita sitiarse á la ciudad por hambre, y persiste en que el Ayuntamiento se someta á las condiciones de paz que él propone. Conviene advertir que Napoleón sólo tenía entonces veintitrés años, y sin embargo, desplegó actividad extraordinaria con incomparable sangre fría en tan críticas circunstancias, pues contuvo á los voluntarios, á pesar de su excitación contra el vecindario, y llevó habilísimamente los tratos de paz, sin apartarse de su principal propósito. Verdad es que no tuvo escrúpulo en hollar la legalidad, pero el futuro héroe de Brumario no podía parar mientes en ello. Contaba con la fuerza, y la empleó de modo que indicaba que el Napoleón de veintitrés años tenía aptitud para desempeñar papeles más importantes en escenarios más vastos.



## CAPITULO X

## LA EXPEDICIÓN Á CERDEÑA

Poco después de las turbulencias de Ajaccio, marchó Napoleón á París. Los historiadores notan en este momento un cambio esencial en el espíritu de Napoleón á consecuencia de los sucesos en que tan activa parte había tomado. ¿Cuál era el propósito de Napoleón al discutir con Maillard y dar acertadas disposiciones para cercar la ciudad y obligarla á rendirse? Apoderarse de la ciudadela y enfilear los cañones contra la población. ¿Por qué no lo consiguió? Esto se preguntaba Napoleón, y aunque circunstancias difíciles de prever hubiesen contrariado sus proyectos, le cabía la convicción de verse presentido por hombres hábiles. Pero si éstos le habían presentido, era sin duda por dejarse él presentir, y así resolvió cambiar de táctica, mostrándose reservado y frío aun con su misma familia, á la que solía revelar sus propósitos y pensamientos. Antes de obrar, se estudió á sí mismo. En las cartas á sus hermanos se echó de ver desde luego la